

# JOSÉ RUBIA BARCIA: RECUERDOS DE 1935-1939

Como ya tuve ocasión de contar en las páginas de esta misma revista<sup>1</sup>, en el verano de 1985 José Rubia Barcia accedió a grabar en magnetofón una conversación que mantuvimos durante casi tres horas, dedicada fundamentalmente a evocar los principales episodios de su biografía —tan interesante como ejemplar—, además de reflexionar sobre varias cuestiones: España, su historia y su política, la juventud, Galicia, la cultura, la Universidad, el exilio, la sociedad norteamericana, la española en la recuperada democracia... En el citado artículo reproduce tres momentos de esa conversación: su época estudiantil entre el Instituto ferrolano y la Universidad granadina en 1931, su experiencia en la Universidad de Verano de Santander en 1934, y el reencuentro con una España en plena transición democrática. Posteriormente, en un congreso sobre el exilio republicano de 1939 que tuvo lugar en la Universidad de Santiago en el mes de marzo, presenté una comunicación titulada “Una voz del exilio republicano: José Rubia Barcia en 1985” (que se publicará en las Actas de ese congreso), cuyo mayor aliciente fue la oportunidad de escuchar unos minutos de aquella grabación, con la voz del propio José explicando su concepto, visión e impresiones del exilio.

Para estas páginas que **FerrolAnálisis** dedica a la época de la República, la guerra civil y la inmediata post-

guerra, rescato otro fragmento de aquel diálogo (que así, poco a poco, dejará de seguir inédito, mientras continúo preparando su transcripción íntegra y edición anotada). A los testimonios que estas páginas reúnen, evocadores del más doloroso episodio de nuestra historia reciente, he querido incorporar el de este mugarés universal, a quien —como a tantos otros de su generación— ese acontecimiento cambió bruscamente su vida. Aquel joven y prometedor arabista, que está a punto de presentar su tesis doctoral sobre poesía árabe española, que simultanea sus clases de latín en un Instituto y de literatura en la Universidad, que pretende opositar a cátedras de Literatura, se ve envuelto en el torbellino de la guerra y su vida toma rumbos inesperados: miliciano en el frente, delegado del Ministerio de la Guerra en Extremadura, presente en la caída de Toledo y en la conquista de Guadalajara, organizador de las milicias gallegas, periodista político, corresponsal de guerra, fundador y director de la revista *Armas y Letras*, traductor del poeta Mao-Tse-Tung, herido de guerra, encargado de la correspondencia secreta con Rusia en la Subsecretaría de Armamento, cuyos archivos tiene la misión de salvar en los momentos finales..., hasta cruzar la frontera con tan preciosa carga y terminar agonizante en uno de aquellos terribles campos de prisioneros —un campo de concentración, según sus palabras— del sur de Francia.

Oigamos su testimonio...<sup>2</sup>

**José Rubia Barcia.**- En el año treinta y cinco terminé mis estudios normales y me dan el premio extraordinario en la licenciatura<sup>1</sup>. La República había creado una serie de Institutos en los que se permitía una cierta experimentación; entre ellos estaba el Instituto Ángel Ganivet, en Granada; su cátedra de latín la regentaba un muchacho de origen gallego que luego se fue a Venezuela y allí llegó a ser un latinista de prestigio: Magariños. Este hombre se marchó y la cátedra quedaba vacante; entonces el director, Aniceto León Garré, un murciano que era el presidente de Izquierda Republicana en Granada, me llama y me dice: “Me han hablado de ti... ¿Querías encargarte del curso de latín?” Acepto y me encargo del curso de latín: del año treinta y cinco al treinta y seis fui profesor de latín en el Instituto Ganivet de Granada.

Ya licenciado, yo me había venido ese verano a Galicia, no sabiendo qué hacer. El día más triste de mi vida fue el día que me licencié, que acabé la carrera. Porque, ahora ¿qué hago yo con esto..., qué hago con esto? Me vine a Galicia y estando aquí recibí un telegrama de Gallego Burín<sup>4</sup>, que me dice: “Tu beca en la Escuela<sup>5</sup> continúa y el claustro ha decidido encargarte de un curso en la Facultad para que enseñes poesía, desde el romanticismo a nuestros días”. Aquello me solucionó, otra vez, un año más. Ya no tenía la beca

para los estudios, pero entre la cátedra de latín del Instituto, provisional, y el curso en la Facultad, podía defenderme ese año. Y me fui a Granada.

Antes habíamos hecho una excursión por Marruecos y ya tuve problemas con las autoridades también, por una serie de artículos que escribí en *El Defensor*, de Granada, algunos de los cuales parecieron ofensivos para las autoridades francesas y para las autoridades españolas. Eso me provocó un pequeño conflicto en Casablanca. Pero de todas maneras las cosas se solucionaron y empecé a trabajar en mi tesis doctoral. Por sugerencia de Emilio García Gómez, yo iba a hacer la edición crítica y la traducción de la obra de un poeta del siglo XI, de Córdoba; ya estaba trabajando en mi tesis desde el año treinta y cuatro, cuando en el año treinta y seis firmo la solicitud para participar en oposiciones a Cátedras de Literatura, en Madrid y tengo pendiente de lectura para octubre la tesis en Madrid, con García Gómez. A pesar de nuestras discrepancias políticas: él era muy derechista, muy católico, y yo ya tenía fama de revolucionario, porque había participado en actividades de este tipo; había participado, un año antes de la sublevación general, en una pequeña sublevación que hubo en Granada; intervine en un mitin de masas en la plaza de toros y se produjo un gran escándalo con todo aquello. Yo intervine muy activamente en la actividad política; Alejandro Otero<sup>6</sup> me encargó que llamara a los conventos para que las monjas evacuaran los conventos, porque había temor de que las masas... y yo estuve toda una tarde al teléfono llamando a los conventos. De modo que había una mezcla de actividades en mí, todo eso era un batiburrillo, una especie de cóctel, que yo no sabía por dónde iba a



Xosé Rubia Barcia e a súa dona Eva López. California. Bodas de ouro do seu casamento. 1995.

ir... Mi vocación era el arabismo, la tesis iba a ser en árabe. García Gómez me había dicho: "Si usted saca su tesis y yo me traslado a Madrid, le llevo de ayudante mío". En el año treinta y cinco se va a Madrid, pero me deja embarcado allí, no se acuerda de mí; yo temía leer mi tesis y quedarme en el aire. Pero estalla la guerra.

(...)

**José Manuel González Herrán.-** ¿Cuál es tu actuación en la guerra?. Por lo que sé, tu actividad está entre las Armas y las Letras (por recordar el nombre de aquella revista), ya que mezclabas la espada y la pluma...

**J. R. B.-** De hecho fue así. Fui miliciano en el frente, fui delegado del Ministerio de la Guerra para ciertos problemas urgentes que aparecieron en Extremadura antes de que Franco pasara hacia el norte, estuve en la caída de Toledo, estuve en la conquista de Guadalajara, participé de alguna manera —hasta que me convencí de que era imposible hacerlo— en la or-

ganización de las milicias gallegas, y fui corresponsal de guerra en *Política*. *Política* era el órgano de Izquierda Republicana, que dirigía entonces Óscar Esplá, un escritor levantino que por razones de salud tuvo que dejarlo; la dirigió después Ossorio Tafall, un catedrático del Instituto de Orense que luego llegó a ser gobernador del Congo..., es una historia fascinante... Ossorio y Tafall me llamó... cuando estábamos ya en el sitio de Madrid, casi... No; esto fue antes de que comenzara la guerra: me llamó y me ofreció un puesto de redactor de noticias en el periódico, cuando me suspendieron en las oposiciones; porque, claro, a mí me suspendieron las oposiciones...

**J. M. G. H. -** Eso no lo habíamos visto...

**J. R. B.-** No, no lo habíamos comentado; pero es el determinante de por qué me coge a mí la guerra en Madrid...

**J. M. G. H. -** Lógicamente, tendría que haberte cogido en Galicia.

**J. R. B.-** En Galicia o en Andalucía, pero no en Madrid. Yo había firmado las oposiciones y me dispongo a hacerlas en el año treinta y seis: en mayo llegué a Madrid. Y llegué a Madrid liquidando ya mi periodo de Granada: ya no iba a volver a la Universidad, no iba a volver a la Escuela de Estudios Árabes —había terminado ya mi tesis—, no iba a volver tampoco al Instituto Ganivet: querían llevarme allí de nuevo, pero yo lo había decidido ya: voy a hacer oposiciones, saco una cátedra y ya está. En realidad, eso no se llamaba cátedra, se llamaba encargado de... no sé de qué..., no recuerdo como se llamaba..., eran una especie de cursillos, unos cursillos de oposiciones a cátedras, pero no sé que carácter tenía aquello; no era, como antes, la cosa permanente, sino que era otra cosa distinta, especial, que no recuerdo bien... si pasabas los cursillos te encargaban una cátedra y te hacían catedrático permanente después. El caso es que voy a Madrid, y en el caserón de San Bernardo nos reunimos trescientos jóvenes de todas las universidades a hacer las oposiciones o cursillos. El caso es que comparezco en Madrid y voy con cierta seguridad. A esos cursillos asiste la hermana de Lorca, Isabel —que todavía vive— y Laurita de los Ríos, la hija de don Fernando<sup>8</sup>, compañeras mías de Granada. Y yo fui con una gran seguridad a los ejercicios; me senté y detrás de mí estaban Laurita e Isabel y, de pronto en voz bajita me dicen: “Oye Rubia, y esto ¿qué tal?”; y yo lo sabía y les apuntaba. De modo que ellas mismas concedían que yo estaba preparado para pasar esta cosa. Al día siguiente aparece la lista y veo que me habían eliminado en el primer ejercicio y aquello me produjo una impresión terrible: yo que tenía grandes esperanzas de sacarlo y arreglar mi vida económicamente ya,

empezando por ahí, pues me encuentro que se me elimina en el primer ejercicio. Ni yo no entiendo eso ni mis compañeros entienden eso. Entonces veo a don Fernando: “Ha pasado esto y no sé a qué se debe”. “Yo me enteraré”. Se entera, me llama y me dice: “Hombre, lo que ha pasado es que parece que tienes una letra endemoniada y no han leído los ejercicios; te han eliminado porque no han leído tus ejercicios, y te han dejado en la calle por esto, porque había tantos candidatos y te han eliminado por la letra... Es injusto, ya ha pasado, ya no se puede rectificar eso. De modo que ahora arréglatelas como puedas”.

Entonces fue una de las etapas más angustiosas de mi vida: todavía tengo pesadillas recurrentes en relación con eso. Porque empecé a buscar trabajo en Madrid: academias particulares..., busqué, busqué, busqué: nada, no encontraba trabajo, se me estaba acabando el dinero... Y ahora, ¿qué hago?: yo no quiero volver fracasado a Galicia ni irme a Granada de nuevo; voy a ver si encuentro algo que hacer aquí. Y entonces fue cuando Ossorio Tafall pasó a ser director de *Política*; alguien me habló a mí de eso, fui a ver a Ossorio Tafall y Ossorio Tafall me empleó. De modo que resolví el problema por la vía periodística. A lo mejor hubiera acabado de periodista para toda la vida, escribiera o no escribiera. Empecé como noticiero: noticias de hospital, de casas de socorro... Pero ya tenía cierta experiencia, porque había colaborado en *La Región* [de Santander], había colaborado en *El Defensor* [de Granada], había tenido ya una pequeña labor de periodista y me dan el carnet: todavía tengo el carnet de Miembro de la Agrupación de Periodistas Españoles, sindicato U.G.T., lo tengo todavía en mi poder...

Pero empieza la Guerra... Hay un auxiliar de Largo Caballero en el Ministerio de la Guerra que me conocía de la F.U.E. y me dice: “Necesitamos un hombre de confianza; me dijo don Francisco, el camarada Largo, que hay que buscar a alguien... tú eres el indicado”. “Pues vamos... ¿A dónde me mandan?” Fui a Extremadura, fui a Toledo, fui a Guadalajara, a todas partes con misiones gubernamentales. Cuando me habían reconocido para el servicio militar, antes de la guerra, me habían declarado de servicios auxiliares. De modo que no me habían llamado con mi quinta y yo estaba ocupado en estas cosas. Pero entonces, ya en Madrid, yo sigo haciendo de corresponsal de guerra en *Política*, yendo a los frentes con otro camarada del periódico; entonces se va a París el que confecciona el periódico —yo había estado confeccionando parte del periódico con él, ayudándole— y resulta que acabo de confeccionador del periódico en las máquinas...

Todo esto abre posibilidades de trabajo para el futuro... De pronto, tengo una llamada del profesor Aguilar, que era catedrático de Historia en Sevilla y era el delegado del gobierno, que ya se había trasladado a Valencia; en Madrid, había delegados de Instrucción Pública, delegados de Guerra... Me llama este Aguilar (yo no le conocía) a su despacho y me dice: “Mira, me han informado que tú eres el único arabista que hay en España —en la España leal—. El gobierno quiere abrir una universidad que funcione, para dar sensación de normalidad; el rector va a ser José Gaos y se abrirá en Valencia. De modo que, por orden del Gobierno, te he buscado, te he encontrado y ahora te vas a Valencia; te incorporas a la Universidad de Valencia, que se va a abrir y vas a

hacerte cargo de la cátedra de árabe”. Yo dije: “Pero si García Gómez está aquí...” (Estaba escondido). Esto para mí era muy violento, la situación era muy violenta... Pero fui a ver a García Gómez y le dije: “Pasa esto y tal, pero yo creo que usted es el encargado para...”. “Ah, yo no, no...”. Entonces hablé con Alejandro Otero: “Pasa esto, y tal...”, “Dile que tú garantizas que no le va a pasar nada y que se venga a Valencia”. Y entonces yo le dije a García Gómez: “Mire, dice don Alejandro Otero (él le conocía como rector de la Universidad) que venga usted a Valencia conmigo y que él le garantiza...”. Él entonces me dice que sí, pero añade: “Yo enseñaré la lengua y tú enseñas la literatura...”. “Pero yo no he enseñado literatura árabe...”; naturalmente, yo había estudiado cursos de literatura árabe, pero no la había enseñado; él insistió: “Yo la lengua, y tú la literatura”. “Bueno, pues muy bien”. Vamos allá y hay una reunión preliminar de claustro en la Universidad, que se va a poner a funcionar.

Mientras tanto, me llama Otero, que estaba en Valencia, ya subsecretario de armamento. Fue un encuentro dramático mi encuentro con Alejandro Otero, en Valencia. Él creía que me habían fusilado en Granada. [J. M. G. H.- Porque creía que estabas en Granada... De haber estado en Granada te hubieran...]. Me fusilan, claro. Y si llego a estar aquí, también. De modo que en los dos lados, ¿no? Él creía que me habían fusilado en Granada y cuando me vio el hombre, como si fuera mi padre, se abrazó a mí conmovido y tal... Y entonces me dice: “Yo te necesito a mi lado, no tengo hombres, estoy rodeado de traidores, te necesito a mi lado”. “Pero don Alejandro, yo estoy ahora con esta cosa de la Universidad, no sé lo que va a

pasar”. Entonces él me dice: “Mira, un compás de espera mientras se resuelve eso; el Ministerio de Instrucción Pública ha decidido publicar un órgano de Milicias de la Cultura y esta cosa está a cargo de un señor que se llama Domingo Amo y no tienen director. Como está en manos de los comunistas, yo necesito un joven socialista allí y tú eres el más indicado...”. Porque yo había hecho *El Estudiante*<sup>10</sup> en Granada y él me conocía ya como redactor de *El Estudiante*. “¿Y por qué no te proponemos al Ministerio de la Guerra que te hagan Miliciano de Cultura de División, y pasas a ser director?”. En efecto, el decreto está en la Gaceta de la República, nombrándome Miliciano de Cultura de División; debía ser asignado a una División como Miliciano de Cultura, y en vez de eso me ponen de director del periódico, órgano de todos los milicianos de todo el país.

Y entonces empiezo a trabajar en la organización de eso. La bautizo yo como *Armas y Letras*, y hago siete, ocho o nueve números. Pero el gobierno va a trasladarse a Barcelona y don Alejandro dice otra vez que me necesita. Mientras tanto hay una crisis de gobierno: el ministerio de Instrucción Pública pasa a manos de Federica Montseny, anarquista, y tanto los comunistas como los socialistas son rechazados, y se apoderan de la revista los anarquistas. De modo que me quedaba el campo libre para ir a Barcelona.

**J. M. G. H.-** Perdona un momento: ¿en *Armas y Letras* escribiste algo o simplemente la dirigiste?

**J. R. B.-** Escribí, dirigí y monté la revista en colaboración con un dibujante valenciano, un muchacho que se llamaba Ponsá. No había imprenta en Valencia; íbamos a Madrid a hacerla

en una imprenta a Madrid, casi atravesando los frentes de guerra. Cuando iba a Madrid parábamos en la Alianza de Escritores, que dirigían Alberti y María Teresa [León], allí pasábamos la noche, a veces, un par de días, con el Madrid bombardeado, recogíamos las cosas del periódico, nos las llevábamos a Valencia y se distribuía desde Valencia por todos los frentes.

Yo escribí las editoriales de *Armas y Letras*, sin firma; pero ocurrió una cosa muy curiosa. Yo no tenía tendencias pro-comunistas de ninguna clase; de hecho me opuse un poco al Carrillo éste, que era el que había unificado las Juventudes [Socialistas y Comunistas]; hubo una reunión de intelectuales internacionales en Madrid y otra en Valencia a la que yo asistí. Y la conexión con el Partido Comunista era un poco..., no era muy fácil, entonces... Pero no sé a qué venía todo esto...

**J. M. G. H.-** Hablabas de *Armas y Letras*, donde, aparte de editoriales, escribiste algunas cosas...

**J. R. B.-** ¡Ah, sí!: es una cosa muy curiosa esto: yo por casualidad encontré..., cayó en mis manos un poema en inglés (yo había estudiado inglés aquí, en Ferrol, tres años con miss Lidia, cuando era estudiante de bachillerato), un poema que se titulaba “Nanking Road”, de un señor llamado Mao-Tse-Tung. Me impresionó tanto aquel poema (que era la carretera de Nanking, pero era también mi experiencia en la carretera Valencia-Madrid y Madrid-Valencia) que lo traduje al español y está publicado en *Armas y Letras*: es la primera traducción que se ha hecho al español de Mao Tse-Tung, antes de que fuera célebre o conocido. Así que es curioso que, sin ser yo comunista, fuera el primer traductor de Mao-Tse-Tung.

El caso es que salió el periódico, que funcionaba muy bien; las cosas marchaban muy bien. Entonces me traslado a Barcelona por indicación de Alejandro Otero, me asignan a la Secretaría Técnica y ponen en mis manos todo el archivo de correspondencia con Rusia. De modo que ese periodo —todas las operaciones de Teruel— fue una experiencia vivísima para mí, porque yo no esperaba las cosas que iban a suceder; todo era totalmente inesperado.

Alejandro Otero era un ser extraordinario y una de las anécdotas de él es que los comunistas le acusaron de haber hecho perder un barco con cargamento de guerra que venía de Suecia para la España leal, y él dice: “El único dinero que tengo (tenía unos cuatro o cinco millones de pesetas en Suiza), lo pongo a disposición del Gobierno para reemplazar ese barco”; y se quedó sin un céntimo. Todo el dinero lo invirtió en reemplazar el barco perdido y así cortó la cosa esa de los comunistas de una manera tajante. Tuve grandes experiencias con este hombre, extraordinarias: de valentía, de arrojo, de decisión, de decencia, de honradez. Fue para mí un ejemplo humano decisivo en mi vida. Yo no he conocido a nadie con una integridad humana, personal, intelectual y científica como la de este hombre. Fue una especie de modelo que yo encontré en la vida.

Entonces estuve al servicio de la Subsecretaría de Armamento unos ocho meses antes de que se acabara la Guerra, encargado de la correspondencia ésta, con claves; escribíamos a Rusia en clave y lo pasábamos a la embajada española (el señor Pascual era el embajador en Moscú), pasábamos la información en clave, pedíamos las ar-

mas. Pero pedíamos... a lo mejor pedíamos tantos tanques y recibíamos un oficio: “De acuerdo con su petición de tal y tal, llegará al puerto de Barcelona el barco tal y tal que llevará trescientos camiones..”. No habíamos pedido los camiones, pero nos los mandaban porque sobraban camiones... Es decir, que todo era un rejuego, y no era un juego limpio aquel, no. De modo que aquello me hizo asociar comunistas y católicos (el dogmatismo, la cerrazón mental), y afirmó mi decisión de no caer en esa línea; porque podía haber caído fácilmente, ¿no? Ellos eran eficaces en los frentes... De modo que esa experiencia me afirmó y me acercó a lo que Fernando de los Ríos expresa en su libro *Socialismo humanista*, que es una versión española del socialismo, que luego se ha internacionalizado. Fernando de los Ríos fue el primer socialista humanista en Europa y, esto, que es una versión española, correspondía con Pablo Iglesias y con la tradición indígena española del socialismo. De modo que eso me abrió, ya me fijó el horizonte político en esa línea.

Bueno, el caso es que un mes antes de que se acabe la Guerra en un bombardeo de Barcelona me hieren. Resulto herido y no le di mucha importancia; estaba en el suelo cuando caen las bombas; algo me dio y me lastimó en un brazo; sí, estoy herido en el brazo, en este brazo se nota ahí una especie de cicatriz, ¿ves? Pues había un pedazo de metralla incrustado ahí, y el brazo a los seis días estaba hecho una monstruosidad; y no había éter, no había nada. La alternativa a esto, si no hay resultado, era amputar el brazo y por poco me quedo manco como consecuencia de esto. Alejandro Otero hizo que trajeran por avión éter de Va-

lencia para operarme a mí, y me operaron en Barcelona...

Y ya vino la catástrofe final. Entonces la Subsecretaría me encargó que pasara a Francia los archivos de la Subsecretaría y fui a Besalú, que era el centro donde estaban, en la provincia de Gerona, de Besalú a los Pirineos, con los archivos de la Subsecretaría y orden de que si tenía que pasar la frontera, que los quemara, cartulinas y cosas de esas, montones. Y, en efecto, a la gente que yo me llevé para ayudarme en esta tarea los mandé a la frontera; me quedé yo solo con toda esa cosa y le puse fuego una noche; pongo fuego y empiezan a caerme los bombazos todos alrededor de la hoguera, en plena montaña; de abajo disparaban las fuerzas de Franco, ya. Y con una mula, y solo, y el brazo en cabestrillo, pasé la frontera. Y llevaba conmigo, encargado también por el Gobierno, que me habían dicho que vendrían unos pastores navarros, que iban con un rebaño de tres mil ovejas; que tenían que llevarlas a la frontera y que yo me hiciese responsable de la cosa... Todo esto parece esperpéntico y extraño. Pasé la frontera y allí estaba García Gómez, que pasó la frontera conmigo: de hecho me ayudó a pasar la frontera porque estábamos en una cabaña de pastores una noche, ya desesperados; no nos dejaba pasar la policía francesa y él se acercó a la frontera y vino a propósito para decirme que estaba abierta y que ya se podía pasar. Había unos cinco o seis mil hombres esperando allí. Y pasamos León Garre, su cuñado y yo. Esto está poetizado en mi libro *Umbral de sueños*<sup>11</sup>, donde hay una versión poética de esta trinidad que pasa la frontera... Pasamos la frontera e inmediatamente, al campo de concentración: campo de concentración...

yo débil, muy débil, con el brazo así... perdí una de mis maletas en la mula, que se cayó, y ya no podía cargar con la otra maleta, y llevo una pequeña maleta conmigo... Campo de concentración... Y, esa noche, en el primer campo de concentración, yo me muero en el campo de concentración.

**J. M. G. H.** -¿Cómo que te mueres?

**J. R. B.** - Sí, sí, sí, me muero en el campo de concentración. El campo de concentración era en plenos Pirineos, mes de febrero, todo nevado, con una alambrada alrededor y unos cuatro mil hombres metidos ahí, encerrados ahí como ganado. Y llega la noche; antes de llegar la noche, unos senegaleses negros con ametralladoras que cuidaban el campo tiraban por encima de la alambrada puñados de carne de caballo cocida; y la gente, como los perros, apoderándose de un pedazo de carne: todo el mundo estaba hambriento. Y esa noche, pues... las maletas... el suelo estaba nevado... las cuatro maletas, de Garre, su cuñado y mía, en el suelo... sobre las maletas nos encaramamos allí, para no estar en la nieve; y surgió una manta del cuñado o de quien fuere sobre las cabezas, y allí a temblar de frío...

Y yo perdí el conocimiento; a una hora o dos horas de eso perdí el conocimiento. (Esto se lo contaba León Garre —que acaba de morir en Barcelona, fue director del Instituto Balmes de Barcelona—, se lo contaba a Eva. Porque yo se lo había dicho. Es tan increíble todo esto que parece una novela). Entonces ellos, el cuñado y él, cuando me vieron que perdía el conocimiento, me desnudaron y me friccioaron con nieve... Entonces, yo resucito; a las dos o tres o cuatro horas resucito, temblando de frío y tal. Pero si me dejan, ya... Esa noche, esa primera noche por la mañana sacaron más de cuatrocientos cadáveres del campo, se habían muerto de frío en esa sola noche.

(Fragmentos de una conversación de José Manuel González Herrán con José Rubia Barcia, grabada en el verano de 1985; transcripción de Manuel Vilar, revisada y corregida por J. M. G. H.)

#### Notas:

- 1.- "José Rubia Barcia: Fragmentos de una conversación (1985)", *FerrolAnálisis*, número 12, abril de 1998, pp. 142-147.
- 2.- Transcribo sus palabras literalmente; dada la brillantez de la expresión oral de José Rubia, son muy escasas las correcciones estilísticas que hago; y añadido en nota algunas aclaraciones o precisiones, procedentes de otros momentos de la conversación.
- 3.- Gracias a una beca obtenida por las calificaciones de bachillerato en el Instituto de Ferrol, José Rubia había iniciado sus estudios de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada en 1931; cfr. el artículo citado en la nota 1, p. 144.
- 4.- Antonio Gallego Burín, catedrático de Arte y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Granada, desempeñó un papel muy destacado en la vida cultural, literaria y artística granadina de los años en que Rubia vivió en aquella ciudad (que fueron también los años de juventud de Federico García Lorca).
- 5.- En 1933 y por iniciativa de Fernando de los Ríos se había creado en Granada la Escuela de Estudios Árabes; animado por Gallego Burín, que le consigue una beca, José es uno de los primeros en matricularse; allí entra en contacto con Emilio García Gómez, primera figura del arabismo español, que será su maestro.
- 6.- Dirigente socialista y prestigiosísimo ginecólogo, Rector de la Universidad de Granada en los años estudiantiles de José Rubia, aparece mencionado repetidamente en esta conversación, como una de las personas más admiradas y que jugaron un decisivo papel en momentos cruciales de su vida.
- 7.- Sigue aquí una digresión a propósito de su paso por la Universidad Internacional de Verano en Santander, que recojo en el artículo citado en nota 1, pp. 146-147.
- 8.- En sus años de estudiante en Granada y a través del citado Alejandro Otero, había establecido relación amistosa con las familias García Lorca y De los Ríos.
- 9.- En el verano de 1934, durante su estancia como alumno becario en la Universidad Internacional de Verano de Santander, había colaborado en este periódico socialista; su director estaba entonces en la cárcel y pidió a Rubia que se hiciese cargo temporalmente de sustituirle.
- 10.- Siendo estudiante en Granada había hecho con algunos amigos (entre ellos, uno de los hermanos del poeta Luis Rosales) la revista así llamada, que era el órgano granadino de la F.U.E.
- 11.- *Umbral de sueños* (Los Angeles: Orbe Publications, 1961) es el segundo libro publicado por Rubia Barcia en el exilio.